

Agradecimientos .....	3
I .....	4
Larga es la noche.....	6
Club Social Deportivo Flor Amarillo .....	9
II .....	12
Larga distancia.....	13
Viento al viento .....	16
Erguida la guadaña .....	18
Tres pares de ojos.....	20
Periplanetas .....	23
La selva, la niebla.....	28
III .....	30
B de Bala.....	32
mondoBizarro.....	35
Breve manual de técnicas modernas para evitar el insomnio.....	44
Perro caza ratón .....	45
Castorila.....	47

## **Agradecimientos**

Sin ningún orden de prioridad, deseo agradecer a todas las personas que de una u otra manera me han llevado hasta este lugar que tienes en tus manos. Deseo agradecer a mamá, que ha rezado día y noche para que los proyectos que realice lleguen a buen fin, a papá por entregarnos todo su esfuerzo aunque nunca encontramos una manera de hacerle saber que entendemos. A Ed, Gabe y Cuchi, cualquier cosa que les diga es pequeña, los quiero muchísimo.

A Alma Clara Añez, Cristian Álvarez, María Teresa Novo, Violeta Urbina, Lourdes Sifontes Greco, Ana María Rajkay, Ángel Gustavo Infante y Horacio Biord entre tantos que me enseñaron a amar la literatura.

A los perversos orales, que son el estímulo más grande que pueda tener nadie el mundo para escribir o hacer cualquier otra locura que desee con fuerza. A los 30 carajos, hoy dispersos por el planeta, pero increíblemente unidos, por ser una fuente tan grande de amistad y experiencia.

A Gerard Maas, lector, apoyo, amigo y autor de la foto de la portada.

A mis lectores beta, que me regalaron tanto tiempo en la tarea de decirme que lo hacía bien o mal o aburrido o predecible o incomprensible. Sin uds. no hubiera sabido nunca qué hacer ni qué pasos dar.

A Tatjana de la Paz, esa suerte de bruja buena que nunca parece cansarse de ser fiel a sus deseos.

Gracias.

O.

## I

adoro esa forma tan tuya de parecer indefensa cuando te acercas a mí esperando que me tome libertades entre tus pliegues. adoro cómo me dejas conocer tu disfrute, sin ocultarte.

adoro, entre otro millar de cosas, cómo me miras a los ojos satisfecha porque ves el efecto que causa tu lengua al rozar mi sexo. amo cada vez que acaricias lentamente entre mis piernas y me sientes crecer con todo cariño entre tus manos; amo cuando me absorbes húmeda en tu calor.

amo besar y morder tu sexo hasta que gritas entre dientes, queriendo callar, y tiembles descontrolada, y se estremece tu abdomen y aprietas mi cara entre tus muslos. amo la manera en que mueves tu cintura sobre la mía hasta el sudor más exquisito y cada sonido que pronuncias en el camino.

pero más que nada, amo cuando se unen nuestros labios durante la entrega, porque el sexo se disfruta entonces de amor por un instante eterno.

O. 28072000

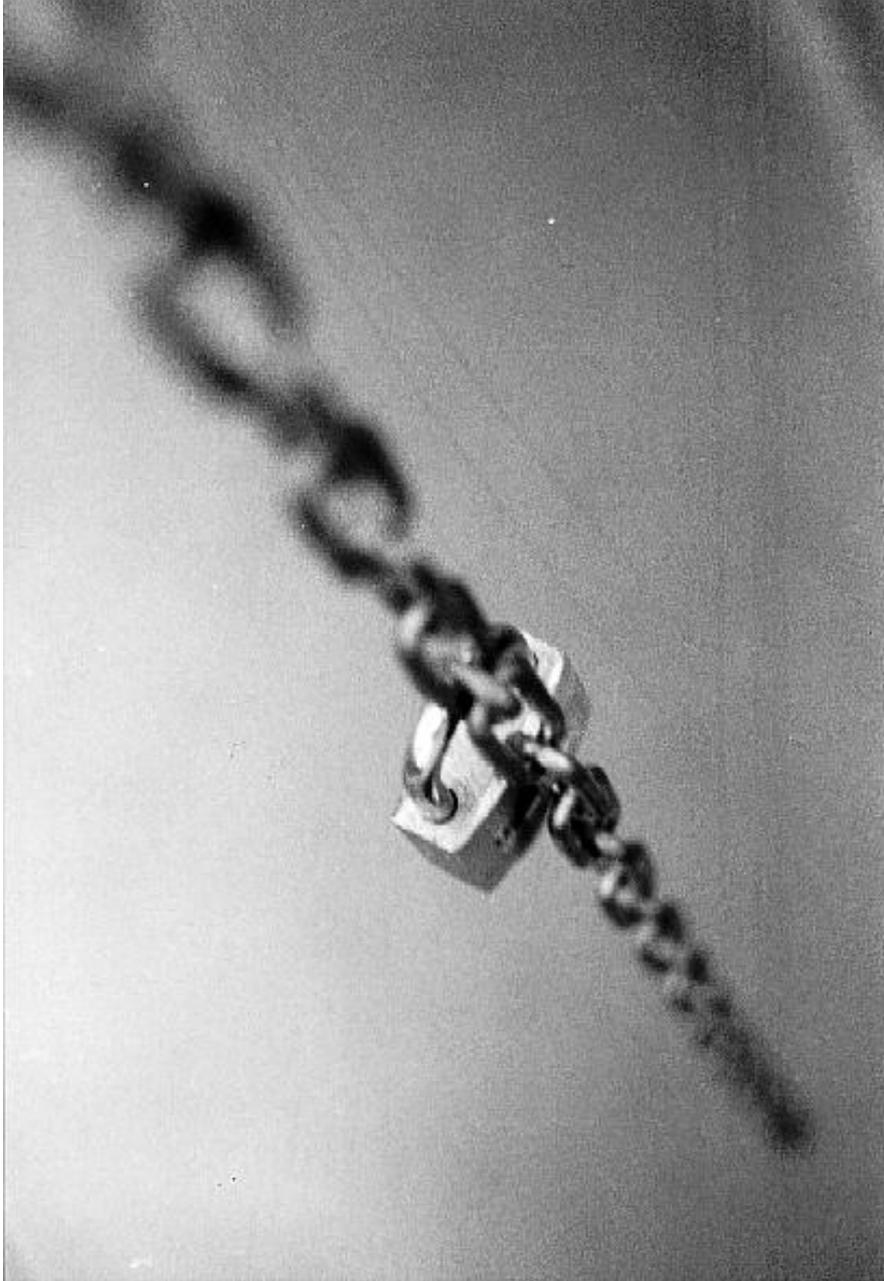


Foto: Roland Devereaux

## **Larga es la noche**

“¿Qué hora es?”

Si supieras cuanto me cuesta mantener la calma mientras te siento llorar en mi pecho. Mientras sé que deseas que te quite la vida en un orgasmo fulminante que apabulle tus venas.

“Son como las tres. Duerme, necesitas descanso.”

Yo también preferiría morir entre tus brazos, desnudo en mi cama, a la luz de las temblorosas velas, antes que el riesgo siquiera de hacerlo solo, en manos de extraños.

“No puedo.”

No me miras a los ojos; no quieres que los descubra líquidos. Prefieres besarme el cuello. Deslizar tu mano por mi pecho y mi abdomen. Sin dejarme tocarte, tu lengua se pasea por mi piel, humedece con temblores cada poro.

Cándidamente te posas sobre mí. Me pides que cierre mis piernas y me dejes rodear por tus muslos. Me arropas con tu calor. Me pides que no me mueva y me limito a palpar con fuerza entre tus pliegues. Obedecería cualquiera de tus órdenes esta noche.

Empujas tus labios hacia los míos, mis ojos se conjugan con los tuyos en lágrimas. Tu pecho sobre el mío: un latir (si tan sólo las figuras literarias se pudieran hacer físicas). Cierras tus piernas pero me mantienes dentro de ti. Tus pies se apoyan en los míos.

En tus ojos, una afirmación. Primera embestida y siento tu espalda temblar mientras la acaricio con firmeza. Un reposo. Segunda y tus ojos se cierran y tu boca se entreabre, en una aspiración, en un deseo unísono, en un milagroso olvidar del próximo amanecer.

Tus manos se acompañan entre mi espalda y las sábanas. Te aferras. Te aprieto con fuerza contra mi pecho, con la fuerza que me deslizo entre tus muslos cada vez más cerrados.

Muerdes entre gruñidos mi hombro presintiendo, anhelando, un espasmo definitivo. Anhelando morir en una explosión eléctrica y no en un letargo anestésico... y mueres. Mueres una muerte pequeña. Una muerte instantánea. Una dulce muerte que compartimos, que nos hace una sola inercia sobre el colchón.

Por unos segundos siento vibraciones dispersas a lo largo de tu cuerpo, hasta que mi leve caricia en tu espalda las unifica en un temblor. Edificio de cimientos derrotados. Marea de venus.

Una sonrisa se escapa tímida, con un quejido, de tu rostro. Se me antoja que ese suspiro será eterno al menos hasta el alba, pero sé que pronto volverás al miedo, al sollozo y a las lágrimas. Siento llegar poco a poco tu tristeza, que quiere de vuelta lo que le pertenece.

Y vuelve a ti la imagen de tu maleta en la salita. Vuelve la ropa recogida sobre el mueble. Porque mañana te vas y no sabes si regresas. Vuelves a contemplar la posibilidad de que esta haya sido la última vez. Vuelves a presenciar lúcidamente el calor de tu pecho profanado por el frío de un contingente de herramientas cuyo líder es un bisturí brillante, impecable.

Murmuras una negativa mientras te haces peso muerto, peso durmiente en mi pecho. Duermes y al fin soy libre para llorar. Llorar de tristeza, no de rabia. Llorar con brazos caídos y no puños cerrados. Llorar como pocas veces, como la nostalgia por venir.

No podría dormir esta noche aunque deseara no vivir cada uno de mis últimos segundos a tu lado.

“¿Qué hora es?”

“Poco más de las cinco. Si quieres te preparo el desayuno.”

“No puedo desayunar, ¿no lo recuerdas?” – no, no lo recordaba. Ruedas sobre mí hasta el colchón. Apoyada en tu espalda, estiras tus brazos y piernas – “ ... Dormí, ¿no?”

“Sí” – dormiste. Y me hizo feliz tu calma. Pero ya amanece, nos duchamos en un abrazo, yo desayuno mientras tu te pones la braga de jean que recibe frío sobre el mueble. Por fin sonríes mientras ves nuestras fotos en la mesita junto al teléfono.

El taxi llega a tiempo. En el camino me tomas de la mano mientras observas ávida que aún es de noche en las aceras que nunca importaron mucho. Al llegar a la habitación aséptica, te acompaño mientras te desvistes, te pones la bata y te recuestas en la camilla. Me das tus manos y tiembles. Me pides un beso, acostada, con el gorro azul encerrando tus cabellos.

Mientras los enfermeros te arrastran lejos de mi alcance, decides ver al techo para que mi última imagen tuya sea una sonrisa luego de un beso y no una lágrima luego de una sonrisa.

Hoy tus fotos no me consuelan. Mi flor a orillas de una cascada; mi flor con un valle inmenso al fondo; mi flor abrazándome, en la playa; los senos de mi flor, a media luz con los poros hinchidos y los pezones orgullosos; mi flor sonriendo, como siempre. Viviste. Yo debo hacerlo también.

...para mi flor.

O. 13072000

(Sobre el poema "Oficio Puro" de Víctor Valera Mora. Ejercicio propuesto por Angel Gustavo Infante al XIII Taller de Expresión Literaria, mención narrativa, de la Fundación Celarg.)

## **Club Social Deportivo Flor Amarillo**

Doble cinco. La última vez que papá salió, lo hizo con doble cinco. El señor Pedro jugó el cinco tres. Chucho le jugó el único tres que tenía porque ni modo que le iba a pegar en la cabeza a papá después de habérselo repetido tantas veces. “Si yo salgo con un doble, mijo, no me lo tape. La idea es que salgan todos los demás y nosotros tengamos juego”. Era primera vez que papá hacía equipo con Chucho y él no quería defraudarlo. El señor José a su derecha ya tiraba las piezas de tanta cerveza. El cinco blanco golpeó tan duro que mamá volteó. Papá le picó un ojo y ella sonrió orgullosa de su marido y su hijo mayor, que ya era un hombrecito.

Mamá volvió a poner los ojos rápido sobre el cartón. Doña Emirce cantaba el 33, “la edad de Cristo, el 33” y mamá ponía el granito de caraota negra bajo la N mayúscula. Doña Emirce hacía girar de nuevo las bolitas de marfil falso hasta que de su sonrisa arrugada salía “I 21, la edad mía, I 21”. Castorila, la más bochinchera de todas, preñada otra vez, gritaba “¡Bingo!” y pasaba al frente con Orlandito de la mano a buscar su premio. Mamá pasaba la mano, limpiaba el cartón y le pedía otro a mi tía Cándida. “Éste está empavao. Dame otro a ver qué pasa”. Era la tercera vez que Castorila ganaba. Su esposo la miraba feliz desde el patio de bolas hasta que le reclamaban que “bien que tu esposa está muy buena, pero ¿vas a jugar o no Mateo?”. Le decían Mateo porque de chiquito le decían negro, porque de muchacho le decían la negra Matea, como a la nodriza de Bolívar, y porque ya de grande, era una falta de seriedad que a un hombre casado y con muchachos le dijeran negra. Menos Matea.

Mateo, que de verdad se llamaba Orlando, despertaba, se fijaba en las bolas verdes, le montaba el ojo a la más cercana al mingo, sus dedos se movían como una araña sosteniendo un gran y pesado huevo rojo, dos pasos al frente, bola atrás para agarrar impulso y lanzaba haciendo que la bola girara hacia adentro. El boche era perfecto. La roja quedaba al lado del mingo y la verde se perdía en el monte que empezaba a crecer en la esquina cuando descuidaban el patio. “Ese cochino es de Mateo”, gritaba papá desde la mesa y me imagino que por ese descuido pasó y no se dio cuenta de que aunque no le quedaba ningún tres, podía jugar un cinco. “Un joropito, nojoda, que ese cochino hay que celebrarlo”. Mi padrino estaba haciendo el sancocho y ponía la música. Revisó en la caja de zapatos y confirmó que sólo había vallenato. “Ya se lo traigo compadre. Ahijada, llévele una cervecita a su papá”, me dijo a mí y se fue al camión a buscar el joropo. Me paré de la mesa, fui al pipote de basura, me apoyé en la gavera y metí la mano en el agua helada. Las cervezas se estaban acabando. Casi dejé de sentir el brazo antes de encontrar una botella y la saqué. Me la cambié de mano y agité el brazo para que me regresara la sangre a los dedos. De vuelta en la mesa, papá me sentó en sus piernas.

“Mira a tu hermano, está concentrado. No ha pasado ni una vez”. Chucho levantó la mirada y sonrió. “Yo pasé, después hice pasar a Don Pedro, así que la mano la tiene Jesús, que además hizo pasar a Don José”.

“Quedamos en que íbamos a jugar callados, ¿no?” - dijo el señor José medio paloteado y molesto.

“Ajá. ¿Y el muchacho cómo aprende?” - le reviró papá de buen humor.

“Que aprenda en su casa” - dijo sin levantar la mirada de sus piedras.

Papá me bajó. Con una nalgada me dijo anda a ver si le das suerte a tu mamá.

“B 12, por la B, el doce”. Recién llegaba a la mesa y mi tía Cándida revisaba bien el cartón de mamá y gritaba “¡Bingo! hace tres bolas que tienes bingo, María”. Mamá se reía otra vez. Llegué para darle suerte, pensé. Mi padrino llegó con tres cassettes de joropo y puso uno, el que más me gustaba, porque tenía Simón Díaz, Reinaldo Armas y Julio Miranda. Apenas presionó PLAY, se fue a mover el sancocho, que ya olía sabroso. Con la tapa de la olla espantaba a los mosquitos, luego el vapor se los llevaba al techo del galpón para hacer formas brillantes con la luz de las lámparas. Me acerqué y me dio a probar. El caldo estaba bueno. Me dijo que ya estaba listo, echó un tierrero a las brasas y me sirvió a mi de primera. Me puso jojoto papas y pollito, porque la auyama me daba náuseas, pero dejó de servir cuando Dayana, la novia, lo sacó a bailar. El cemento estaba recién pulido y mi padrino se deslizó hasta los pies de Dayana, bailándola con una rodilla en el suelo. Pudo hacer la gracia hasta que llegó más gente a bailar. Llegó tanta gente que el bingo se terminó.

Luichi, mientras tanto, hacía su mejor esfuerzo cargando una gavera de cerveza él solito hasta el pipote. Yo sé que lo hacía por impresionarme. Después que terminó me sacó a bailar y le dije “¿no ves que estoy comiendo?”, pero después me arrepentí de ser tan áspera y esa noche, al despedirnos, le di un besito.

Mateo ya se había ganado su cochino, que ya estaban cocinando e igual nos comeríamos todos, cuando me quitó la sopa y me cargó. “Venga pa’ que cante”. Me subió a una mesa, agarró el cuatro, le dio las maracas a Luichi y empezó la del negro y el catire, mi favorita. Todos dejaron de bailar para verme, oírme y aplaudirme. Yo veía a papá con pena pero sonriendo mientras se me iba el tono, como siempre, cuando el negro le dijo adiós. “Adióóóóóóóóóó, porque estaba muerto”. Sin embargo aplaudían. Papá, desde la mesa, tras hacer girar su última ficha con la diestra, también aplaudió.

“Castorila, pon a Orlandito a echar un chiste”. “Sí, sí, un chiste”. “Chiste, Chiste, chiste”. “El de las monjitas y el perro”, “El del perico y el cabezón, el del perico”. A Orlandito le quedaban bien los chistes, porque decía las

groserías comiquísimo aunque no sabía qué significaban. El muchachito tenía tremenda memoria y miraba a la gente a los ojos. Nunca tuvo miedo de nadie, pero apenas lo subieron a la mesa miró asustado a la esquina, señaló y gritó lo único que pudo: “¡Mamá!”. Todos volteamos de inmediato a ver cómo Chucho se le lanzaba encima al señor José, que tenía un machete en la mano y se lo iba a clavar a papá. Papá, con la sorpresa, se cayó de su silla. Mamá se quedó muda viendo a Chucho pelear solito con un tipo armado. Mi padrino dejó a su novia, hizo a un lado mil sillas y mesas, quebró vasos y botellas a su paso y saltó sobre Don José, por encima de Chucho. Don Pedro se paró y se fue corriendo. Llegó más gente y agarraron a Don José que gritaba “Dejen que agarre al cabrón ese que lo voy a joder, nojoda. A mí nadie me pasa agachao”.

Recordé la distracción de papá al ver que, tras morderse un poco los labios, con la mirada fija en la mesa, tomó su última piedra, el cinco cuatro, y se la llevó al bolsillo. Luego abrazó a Chucho y verificó que la herida que tenía mi padrino en el brazo no era nada serio. Entre varias personas se llevaron al borracho belicoso a dormir la pea a su casa.

La fiesta siguió al rato. Terminaron de freír el cochino y sirvieron el sancocho. Vi que Don Pedro había regresado sólo para comer y terminarse el roncito. Pusieron el cassette, pero ya nadie bailó. La cerveza se acabó y las mujeres recogimos. Cuando ya casi todo estaba listo, empezamos a despedirnos. Mamá seguía seria. Papá seguía abrazando a Chucho. Chucho seguía orgulloso.

Yo era la única que faltaba por montarme en el carro, ya mi papá tocaba corneta y le di un besito a Luichi. Fue la última vez que lo vi. Por orden de mamá, más nunca volvimos a pasar por el club. Todavía lo recuerdo, paradito, de franela blanca curtida, pantalones sucios, zapatos rotos, viendo fijamente el carro que se perdía al doblar la esquina. Me senté y, al rato, como nadie en el carro hablaba, me quedé dormida.

O. 15042001

## II

con dolor reconozco que soy capaz de identificar tu aliento.  
que sólo logro evocar tu respiración y la esencia de la tierra mojada.  
que tus palabras me hirieron a la par de tus silencios.

ese dolor es el sustento de mi afirmación  
yo no te amo.

O. 26082000

## Larga distancia

Tarda en llegar  
y al final,  
al final,  
hay recompensa.  
Soda Stereo, Zona de Promesas

El viernes veintiocho de febrero de 1997 ha sido quizá el día más largo de lo que va de mi vida; por lo tenso y doloroso más que por el hecho de haber terminado el lunes tres de marzo, con la claridad inequívoca del día.

La nómina no estaba lista a mediodía y más de treinta personas no entenderían que yo necesitaba almorzar aunque ellos no tuvieran su quincena depositada, así que acompañé mi stress con un sandwich que corrió por cuenta de la empresa como gasto de representación. El primer trimestre fiscal había sido un desastre y este no tenía buena cara: haría falta mucho maquillaje para que los números cuadraran a fin de mes. Debía salir gente, muchos estaban desocupados por la paralización de casi la mitad de los proyectos y los clientes en puerta no darían el *go* hasta mediados de año. Reducir gastos implicaba salir de planes de educación de personal y disminuir viáticos que se traducían en gente que dejaría la universidad y tendría peores condiciones al resolver asuntos que requirieran viajes. Y no tendrían opción. Sólo eran empleados valiosos para nosotros. Era gente que había crecido con nosotros, gente que conocía, con quienes bebía los viernes y jugaba softball los sábados, que hacía bien su trabajo, pero que fuera de la empresa, tenía el valor profesional de un adolescente. Y me dolía por ellos. Tanto que la úlcera que fue el precio de mi divorcio y que yo pensaba estaba bajo control, comenzaba a recalentar mi estómago de nuevo.

Marga llamó. Y cuando me dijo voy a colgar, lindo, que no te estoy dejando trabajar, me provocó correr a ella mientras de mi boca salía el gracias mi cielo, nos vemos en la noche. Envejecí quince años al colgar.

A las cuatro y media fueron todos felices hasta la próxima mala noticia y algo de alivio sentí mientras, antes de irme, veía el periódico en busca de una película de viernes en la noche. Llamé a Marga desde el carro y acordamos comer algo antes del cine. Ella me esperaría en el centro comercial. Ya la imaginaba parada en el balcón de siempre cuando se pegó el arranque. Creo que pegué el arranque por descuido, o al menos a eso sonaba, y en el tiempo que me tomó pensar en quitar el cable de la batería, algo se quemó y el carro murió. Me senté un rato en la acera y pensé que ciertamente esto no sería lo último del día, así que sereno moreno, como me enseñó el teniente.

Desconecté la batería, la escondí en la maleta, cerré y pensé optimista en todo el tráfico que me ahorraría tomando el metro antes de ver el hacinamiento en los vagones, el mismo que me hizo comprar el carro.

Pero Marga estaba en el balcón de siempre, igual de sonreída por verme como siempre. Me contó su día durante el sushi y sentí eso que debe sentir uno cuando sabe que ya no debe buscar más.

Hubiéramos reído igual con cualquier película, de hecho, sé que mañana no recordaré más que el título y alguna situación divertida. Era perfecta, había salvado mi día con una sonrisa, pero empecé a preocuparme por cómo llevarla a su casa cuando me dijo que nos apuráramos pues el metro cerraría pronto, dejando mi brazo a medio camino de una seña para detener un taxi.

Mientras esperábamos su tren, pasó dos veces el mío. Y ella cada vez me abrazaba con más fuerza. Su pelo me envolvió en un beso de brisa, de cien miradas anhelantes, y cuando las puertas se cerraron la vi sonreír mientras se alejaba. Debió leer CUI DA TE en mis labios.

Cinco minutos después, aún esperaba mi tren cuando llegó un mensaje al beeper, gracias a una cobertura caprichosa que hace llegar sólo los mensajes menos importantes. PRIMERO: Problemas en la oficina. Llama urgente a Gómez a su extensión o ven a la torre. MENS. DE: Cheo. El 28/02/97 a 23:03 SIGUIENTE: Hola, e Subí a los teléfonos, llamé a la oficina para recibir la orden.

Media hora después estaba en la torre. Había cuentas que entregar a casa matriz y no salían. Por supuesto necesitaban mi ayuda y ya yo estaba ahí. Sin esperanzas de dormir, me sorprendió tener casi todo listo a las dos y cuarto de la mañana, cuándo recibí el segundo mensaje de la noche en el buscapersonas. PRIMERO: Llama urgente, Marga está mal. MENS. DE: Carla. El 01/03/97 a 02:12 SIGUIENTE: Problemas en la oficina. Llama urgente a Gómez a su extensión. Corrí al teléfono para hablar con la hermana de Marga. No respondían. En casa de la mamá sólo sabían que ella estaba en una clínica en San Bernardino, así que allá fui, a la de siempre.

Derrame cerebral, me dijo Carla, no pudieron hacer nada. Me temblaron las manos. Hay que velarla hoy, terminó por decir, y rompió a llorar en mis brazos luego de una hora calmando a todo el mundo. Le llegó en mis brazos ese momento en el que despiertas y te das cuenta de que algo sucedió.

No pude pensar, tampoco quería hacerlo, mientras fui a la funeraria a organizarlo todo. No hubo mayor problema. Con el alba nos entregaron el cuerpo y la carroza se encargó de llevarla a la capilla. No sin dolor, avisamos a los que aún no sabían, quienes llegaron a lo largo del día, y se incorporaban con esa fraternidad que nos hace perdonarle al difunto su muerte.

A media tarde, demasiada cafeína, el calor no me dejaba dormir en el asiento trasero de un Caprice 82, y se me hizo de noche cercano a asimilar la pérdida. El insomnio estuvo ahí todo el sábado que para mí era aún viernes y le agradecí el regalo de sentarme a su lado y sentir su calma entre coronas y velas. De vez en cuándo había un estallido en llanto que me sacaba de mi sosiego para temer mi propio estallido.

Esa noche seguí despierto. El sepelio fue a mediodía, el domingo, sencillo y sin más drama del habitual. De alguna manera el que todos estuvieran pensando en ella daba la sensación de tenerla alrededor, flotando, sonriendo siempre. La urna bajó y Carla me invitó a almorzar en casa de su mamá. Sabía que mi casa estaba sola y sabía que yo no debía ir allá a estar consciente y despierto, así que me sostuvo, entre televisión y comida, en casa de la suegra hasta que anocheció.

En ese momento decidí que ya era tiempo de enfrentarme a mi hora desnuda y salí para la casa.

El taxi me dejó al frente y dudé antes de abrir, cerrar y echarme al mueble esquivando mesitas y adornos. En la oscuridad parpadeaba un brillo rojo. Tenía mensajes en la contestadora. Estiré el brazo y presioné **PLAY**, con la ilusión de sentirme menos solo. Mientras la cinta retrocedía, Marga empezaba a avasallarme, como debía suceder. Sonó el Beep.

**Hola lindo, ¿cómo estás?, te llamaba para que supieras que ya llegué, que todo bien y que no me pasó nada en el camino. Además, te sorprendí preocupado mientras me iba, y me alegró muchísimo que te preocupes por mí. Olvídate de no poner cara de preocupado, olvídate de hacerle caso a nadie, porque todo tú eres lindo!!! Muack!!!. Te amo. Bueno, te dejo, porque tu máquina me dice que se acabó el tiempo, porque tu sabes que por mí, te hablaría toda la noche. Cuidate y sueña conmigo. Hasta mañana, lindo!!!**

Juro que sus ojos estuvieron fijos en mi espalda, que la sentí susurrar despacio junto a mi hombro. Juro que sentí su calor, apagando tanto frío. La oscuridad me había hecho un regalo infinito; el amanecer me sorprendió en el mueble, con los ojos abiertos.

...dedicado a Tatjana de la Paz.

O. 16102000

## **Viento al viento**

¿Y qué tal si un día, no desnudo, sino vestido con una túnica sencilla; no esbelto, sino quizás bajito, tosco y gordo; con nariz aguileña, Adán alzó su dedo al cielo y dio un soplo de vida a un amasijo de nubes?

O. 13122000



Foto: Roland Devereaux

## Erguida la guadaña

Luego reflexionó que la realidad no suele coincidir con las previsiones; con lógica perversa infirió que prever un detalle circunstancial es impedir que éste suceda..  
Jorge Luis Borges, El milagro secreto.

te suplico que me avises  
si me vienes a buscar  
no es porque te tenga miedo  
solo me quiero arreglar  
Sui géneris, Canción para mi muerte

A veces está parada allí. Su mirada es absolutamente vacía, no busca nada, ni a nadie. Delgada, siniestra; siempre de negro. De vez en cuando la veo caminar, como acechándome en silencio con su sola presencia, siempre llevando de la mano rostros demacrados y tristes. Siempre solitarios.

Es libre. De vez en cuando, sin proponérmelo, la veo volar (¿flotar?) sin agitar sus brazos, sin que se mueva un hilo de su vestido, y posarse sobre alguien que no la ha elegido, sobre una casa de donde no la han llamado.

Me gustaría saber quién le da órdenes, a qué ente obedece. Controlarla y ser libre. Y liberar a cuantos lleva de la mano a paso desenfrenado de moscas y buitres.

Liberarme y perder el miedo.

Si; perder el miedo. Una vez me descuidé, no tuve miedo. No pensé en el miedo. La muerte me tomó por sorpresa y perdí mucho. Me quitó mucho. Pero no volverá a suceder. “Nunca más”.

Siempre sucede lo que uno no imagina, y por eso, debo ahora estar atento, e imaginar tantas formas de desgracia como pueda, para evitarlas. Ahora mi mejor opción es prever mi muerte: vivir soñando despierto un volcamiento, una falla en los instrumentos, una barrena irrecuperable, un aparatoso desastre y esperar que esta fatal premonición me convierta en el mártir que aún vivo se halla constantemente muerto, para salvar a sus semejantes.

Mi mejor opción se reduce a esperar que la fúnebre pantalla ante mis ojos sea suficiente sacrificio para quién le ordena a la mujer de la guadaña venir por nosotros.

Es agotador. Logro dormir sólo cuándo ya me encuentro exhausto. Aún en mi cama, las paredes, los techos se deshacen hasta el polvo, para evitar un sismo fatal. En el tren, una vía no está en su lugar para que las vías estén en su lugar.

Y esa pasajera en calma de los ojos hermosos me intenta sacar del autismo y no logro más que sonreírle mientras el vagón gira en torno a sí mismo sobre las cañas de azúcar y mi cuello se quiebra en el techo,

entre chispas y truenos de acero doblado. El trance se hace eterno y seguirá eterno mientras viva.

Añoro poder silbar al pasar, extraviado en lo inmenso, frente a una hacienda de grandes palmas... reír al viento en una montaña rusa... gritar de pura libertad al ir de un árbol a un pozo... Podría morir por el sólo derecho a disfrutar, sobre las nubes, bajo la luna llena, del reflejo en blanquísimas aguas de algodón y nieve sin un ardor enceguecedor y explosivo que lleve el avión a cenizas en una combustión eficiente e instantánea. Fulminante.

Al fin, la caída definitiva. Sobre el Caribe, tras un imprevisto que anticipé mil veces, la misma avioneta que me llevó mil veces se desploma. Nadie mejor que yo para saber que no hay salida. Mis acompañantes en el último viaje me ven extrañados y aterrorizados.

Cantando desafinado una canción de sui géneris, espero en calma lo inevitable.

O. 10072000

## Tres pares de ojos

Leon Bernstein no sabe lo que quiere, pero sabe cómo conseguirlo. Sabe, en su inseguridad, que va en el camino correcto y que encontrará esa imagen que lo hará el más grande, el más reconocido, el poseedor de la pública grandeza de la habilidad y el arte. Hoy ha salido a sabiendas de no regresar sin su meta cumplida.



Tres pares de ojos

Todos lo consideran un buitres, y en cierta medida lo es, pues busca evidencia de la belleza de su ciudad en los momentos más caóticos y patéticos; en la crudeza del sufrimiento. Cada noche se sumerge en el odio y la desidia hasta que su garganta no resiste y en un grito deja algún lastre cerca de la escena del crimen.

Cuando a veces, en verano, su estómago no soporta la verdad nocturna, camina de día por la cocina del infierno y si hace suficiente calor logra retratar a los niños que se bañan con su risa intacta en el surtidor de agua que humedece el pavimento. En las plazas, las chicas besan a los marineros que zarpan mañana, a los niños que van a hacer la guerra al otro lado del océano, no importa cuál. Leon toma la foto y se descubre solo.

Y esa soledad es indispensable cuando acaba el día. De no estar solo no podría continuar su búsqueda por las calles de la Nueva York salvaje de 1942, tomada por la mafia y el jazz.

Hoy ha elegido una avenida amplia. Conduce su Chevy Coupé del 38, de techo elevado y bandas blancas en los neumáticos, y atraviesa su ciudad de uno a otro extremo, dirigido por una radio, legal, del Departamento de Policía de Manhattan. Según cuentan, en la maleta hay cámaras, película, flashes, una máquina de escribir, cigarros, una muda de ropa, algo de comida y una cortina negra que convierte la parte de atrás de su carro en un cuarto oscuro portátil siempre que lo necesita, porque sus fotos son noticia esta noche; valen dinero esta noche.

El Daily News y el New York Mirror publican sus mejores retratos, mientras que no falta un periódico amarillista que pague por los más vulgares. Cada día ilustran el acontecer neoyorquino acreditados a Bernzy, a L.B., o al Gran Bernzini, como es conocido entre policías y criminales por su olfato, que lo lleva a los sucesos antes que la autoridad aparezca. Sabe dónde estar cuando las cosas ocurren y eso paga. Nadie más que él puede tomar a un mobster que yace en el suelo, corbata, camisa y tirantes desgarrados por un tiro de escopeta, de manera que casi se sienta el avance de la sangre, de manera que casi se respiren la pólvora y el humo del cigarro. Ya muchos saben, cuando ven la primera página del Mirror y sienten el dolor de una madre que es

obligada por un bombero a no entrar a un cuarto en llamas, que Bernzy está en el lado oscuro de la escena.

Desde los rascacielos de concreto, acompañados de neones, porteros y toldos, hasta los edificios enanos de ladrillo apenas iluminados por las farolas del little italy, toda New York es domada por el diminuto Bernzy. Se rinden ante su lente, sin distingo, niños que duermen en un ducto de aire, mobsters que esconden sus rostros con su sombrero y alguna celebridad, impecable, al salir del teatro.

Hoy es invierno, aún así se decide a caminar. La noticia está en las aceras y en los callejones. Busca la fotografía más impresionante de todas y se topa, al doblar una esquina del Lower East Side, con la imagen más auténtica del miedo. El vapor que sale de una alcantarilla revela la forma oculta del viento en una calle ciega. Sentada en la acera hay una mujer gruesa, de pelo corto y rostro algo tosco. Dos gatos la acompañan. Los felinos ven fijamente, con su miedo que es también cautela, un punto alto a su derecha. Ella comparte la perspectiva, pero su mirada es triste, compadece al gigante que la acecha porque no tiene nada qué perder, porque se reconoce en él y lo sabe rechazado. Mientras se acerca sigiloso, Leon, sin perder nunca de vista su objetivo ni dar cabida a la curiosidad, ajusta la velocidad de obturación su cámara 4X5 a una centésima de segundo mientras la apertura del lente permanece en 1/16. Con el fogonazo del flash, la foto saldrá perfecta a diez pies. Luego la revelará en el papel más contrastado de todos, para dejar impresa una piel de cal, una piel tan surreal como terriblemente tangible.

Su instinto lo obliga a bloquear todo deseo, toda necesidad distinta a la de hacer la foto. Amanece por un instante con el disparo y es entonces cuando Bernzy voltea a su izquierda, ve hacia arriba en contrapicado boquiabierto y entiende que no va a escapar. Su cigarro cae al suelo y él gira la plancha de los negativos, con movimientos precisos de tan instintivos. Mientras espera la muerte, se siente satisfecho, apunta su cámara y lanza su último disparo. Se imagina el titular "La última foto del Gran Bernzini" y se marcha a lo grande.

No sabe que nunca relacionarán su desaparición sin rastros con la cámara que llegó por azar a un museo de la calle 43 y reposa junto a dos imágenes, una de una mujer fea y dos gatos y otra de un edificio distorsionado por lo que parece ser un vapor imposible, en un tríptico misterioso de un autor anónimo.

O. 06112000

(Sobre una foto de la serie "Invertebrados éramos", de Luis Brito, ejercicio propuesto por Angel Gustavo Infante al XIII Taller de Expresión Literaria, mención narrativa, del Celarg. Basado en la biografía de Arthur Fellig y en personajes de la película "The Public Eye" )



PERIPLANETAS



## Periplanetas

and now the questions  
do i kill them?  
become their friend?  
Ed Vedder, Bugs

La noche anterior bebimos demasiada tequila. Habíamos gritado tanto que esa mañana de domingo los vecinos de arriba y abajo protestaron poniendo música a todo volumen desde que el sol salió, como a las seis. Me quejé a toda voz porque “qué abuso es ese de poner música tan temprano” y ambos en sus lenguajes nos respondían que era menos abuso que restregarles nuestra borrachera a las cuatro de la mañana. Y tenían razón.

Ni la discusión ni la música la despertaron, así que la observé dormir un segundo antes de ir a la cocina a buscar algo para la resaca. Pasé frente a los otros dos cuartos: estaban llenos y todos dormían.

La sala era un desastre: cajas de discos abiertas sobre el suelo, sin los discos; al menos media docena de vasos quebrados en pedacitos imposibles, un mueble sobre su espalda. Una botella de vino pasita sobre un pequeño océano de licor de cambur. Dos condones usados sobre el mueble grande. Debajo de la mesa había un plato de tequeños y un par de cucarachas que se comían uno con avidez. Eran ambas algo más grandes que una tortuga pequeña. Pero un poco más bajas. Ya me había olvidado de ellas. De hecho, la fiesta era para olvidarme de ellas, pero ahí estaban, ya iban a medio camino del tequeño y se habían comido al menos medio plato, pues de haber comido algo nosotros, el plato no hubiera amanecido en una pieza. Mucho menos en el mismo sitio.

Sin mucha conciencia de lo que hacía, pateé fuerte el piso para espantar los bichos, pero no me temían y seguían devorando su plato. Las vi, vi el resto de la sala y tras tomar un vaso de agua en la cocina regresé al cuarto. Le dije a mi borracha que mejor nos despertábamos con una ducha. No me respondió.

Eso quería decir ducha sin compañía, solitaria limpieza de sala y preparación individual del desayuno comunal. Luego del baño protestaría, si acaso. Ella siguió durmiendo y yo, antes de entrar al baño, eché un ojo al plato y las inmensas cucarachas no estaban. Pensé que las había imaginado. Pero faltaban tequeños.

Me duché sin novedad en el baño del cuarto, pero al salir me enfrenté al cambio más drástico de lo que va de mi vida.

Había dos cucarachas inmensas sobre un cadáver borracho en la cama. No lo podía creer hasta el punto de no causarme horror sino extrañeza ver uno de los insectos destrozando una pierna mientras el

otro dividía el cuello. No lo podía creer hasta el punto de acercarme para asegurarme que estaba frente a un par de cucarachas de unos 80 cm. de longitud. Mudo, sujetando mi toalla, entré al cuarto y voltearon casi juntas hacia mi. Una de ellas se puso de pie y desde debajo de la cama salió una tercera mayor que las anteriores. Mayor que yo de hecho.

Semi-erguida sobre cuatro de sus patas, era de mi altura y me observaba como entendiéndome. Empecé a sentir miedo; creo que uno sabe cuando una cosa deja de ser curiosa para devenir amenazante. Dejé caer mi toalla cuando me enterró una pata en el hombro, que entró como una sierra pero salió limpiamente aunque ensangrentada. En un grito me di cuenta de cuán tangible era la pesadilla. Empezó entonces a pasear la otra pata cerca de mi otro hombro.

Recostado a la pared, apretando los dientes, sólo atiné a decir:

- ¡Maldita sea!
- Eh, eh, eh, eh, eh. Maldecir es de muy mal gusto. – sin sobresaltos le escuché responder con una voz que podía ser la de cualquiera. – parece que el civilizado del cuarto no fuera el humano.
- Y qué te parece que debería decir frente a ... a ... ¿a qué coño? ¿a una cucaracha gigante...
- Cucaracha gigante en español, si – comentaba con arrogancia mientras yo hablaba.
- que habla...
- Giant roach in english ... géant cancrelat en francaise ...
- camina derecha...
- reiseige Schabe auf Deutsch ... blatta gigante in italiano ...
- y acaba de matar a mi novia mientras duerme para pasar la borrachera?
- barata gigante em português ... y para mi también es un placer conocerte. Me siento muy mal acerca de tu novia, pero la subsistencia es la subsistencia y de no haber sido ella, tu no estarías acá, de algún modo ... lo dio todo por ti, je, je. – dijo penetrando mi herida a la velocidad de su parsimonioso tono de voz - Y podrías decir algo divertido. Un chiste, por ejemplo.
- Si, si, un chiste. – decían los otros insectos acercándose, como rodeándome. Eran docenas de ellas, con corazas como conchas.

Pensaba que nunca he sido bueno contando chistes para aislar mi mente del dolor, sin contar el asco, de tener de nuevo la pata en mi hombro.

- No creo que tu hombro siga soportando el daño mucho rato y lo único que necesitas es contar un chiste.
- Si, si, un chiste. – repetían las cada vez más súbditas, todas mayores que mis zapatos.

Hice mi mejor esfuerzo:

- Una, ejem, una cucaracha le dice a la otra: “cuidado con el zapa...”  
plaff “¿qué?” plaff.

Silencio total. No les hizo gracia. Giró ligeramente su pata dentro de mi hombro y casi grité de nuevo.

- ¿Qué es un punto marrón que cae desde el techo?  
- ¿Qué? – y créanme que se le notaba un rostro serio.  
- Una cucaracha suicida, je, je. – con una risita nerviosa.

No estaba funcionando. Era como echar chistes de argentinos a Perón o de gallegos a mi papá. Volvió a girar su pata, sólo que esta vez si grité. Nadie oyó, las puertas estaban cerradas y ellos habían bebido más que yo.

- No debe ser tan difícil echar un chiste si hay canales de televisión donde los cuentan las 24 horas del día.  
- Si, pero son malos.  
- Los tuyos no son buenos.

Pensé un segundo en Bruce Willis y se me ocurrió insultar a mi suegra. A mi ex suegra.

- Mi suegra es tan gorda, tan gorda, que todas sus fotos son aéreas.

Carcajadas generales. Me dolía el agitarse de la pata en mi hombro.

- Je, je, coño, je, disculpa. – me dijo la grande, llamémosla Mina, mientras abandonaba la herida.

La situación era absolutamente ridícula. Pero por lo menos no estarían de malas conmigo por un rato, hasta saber qué hacer. Tenía por lo menos unas quince cucarachas alrededor, con las patas al aire, riendo a carcajadas de mi ex suegra. Gracias al cielo no me pidieron otro.

- Ve a limpiarte la herida. – me ordenó. Acompáñalo. – le ordenó a otra.

No pregunté nada mientras llenaba la herida de agua oxigenada y alcohol. Con lágrimas en ... ¿los ojos?, seguía riendo del chiste. Se echó al piso y repetía constantemente “aéreas, ja, ja, ja” hasta que con el brazo que pude le aplasté la cabeza con la papelera.

Abrí rápido la puerta y me topé con Mina, monumental con sus alas extendidas que dejaban transparentar la vista al ávila tras un velo casi negro. Me detuve en seco.

- No te duele suficiente, ¿no?
- Necesito cinco minutos para pensar, Mina. ¿Puedes salir y llevarte a tus chicas?, espérenme en la cocina, coman algo mientras tanto.
- Espero que no te tomes mucho tiempo para ti. Tenemos hambre, y creo que tus amigos no van a disfrutar la pelea. Tu sabes que es mejor resolver esto mientras duermen. – me dijo mientras salían y alguna repetía “aéreas”, para el deleite general.

Ante la duda consulté el Espasa enciclopédico, y decía:

**cucaracha** f. ENTOM. Nombre de varias especies de insectos. Fam. blátidos.

- ENTOM. Son insectos de hasta 15 cm de longitud, con el cuerpo aplanado, las patas fuertes y la cabeza curvada hacia abajo y con antenas largas. Viven en regiones tropicales, y en las áreas templadas y frías son frecuentes en las viviendas humanas, donde a veces constituyen plagas que provocan daños en los alimentos. La cucaracha alemana (*Blatella germanica*), de color pardo y unos 15 mm de longitud, frecuenta lugares calurosos. La cucaracha común (*Blatta orientalis*), de color pardo oscuro a negro, mide 25 mm. La cucaracha americana (*Periplaneta americana*) alcanza 4,5 cm y es de color pardo oscuro.

Y en lo de pardo oscuro no se equivocaba al menos. Nada acerca de debilidades o intenciones o mutaciones recientes.

Oí un ruido afuera. Como si alguien tocara una puerta que no era la mía, así que abrí. Ellas tocaban en el cuarto de enfrente y les susurré que dejaran de hacerlo, me replicaban que tenían hambre y que pronto quedaría poco por comer. Sudé a chorros de inmediato al darme cuenta que Mina no estaba con ellas. Abrí desesperado y descubrí que no había sino hexápodos vivos. Aunque ya sabía que mis amigos en el otro cuarto habían corrido la misma suerte, fui al lado a comprobarlo y contrario a lo que yo esperaba, no sentí rabia sino una frustración profundísima. Encogido de hombros vi entrar a los insectos que aún esperaban puerta franca mientras yo salía a la sala y veía cómo se multiplicaban y caminaban por las paredes y el techo.

Mina cargaba un gran capullo de futuros insectos bajo sus alas y caminaba hacia la cocina, donde presencié algo demasiado masivo para

olvidar. La cocina era un gran nido, con miles de cucarachas recién nacidas, todas más grandes que mi mano, de concha blanca casi transparente, aglomeradas, comiendo lo que Mina les traía. Sabían que yo estaba ahí pero para ellas eso era normal. Me conocían y sabían que no les haría nada, que era un cobarde. Mina y las otras las habían preparado, les habían dicho que yo huiría de nuevo. Ya sabían qué maletas tomaría, las mismas de siempre. Sabían que mientras no se me atravesaran no las pisaría, y me vieron abandonar la casa sin un dejo de sorpresa.

Apenas cerré, todas desaparecieron, pero la catástrofe siguió allí. Y aunque yo no las había visto, sabía que algunas estaban, diminutas, entre mi equipaje.

O. 14102000

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

## La selva, la niebla

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Sobre la música de “Nothing as it seems”, de Jeff Ament.

Un brillo se prolonga arriba en la superficie y le permite ver sus manos suspendidas y lo que le rodea. Se prolonga por la breve ceguera que nubla aún más el agua, clara pero turbulenta.

Mientras desciende, sus cabellos, su camisa desabrochada y las trenzas de sus zapatos parece que intentan ascender. Parece que intentan frenarlo. Su boca está cerrada. Sus ojos siguen abiertos, fijos en lo oscuro allá arriba que debe ser la noche, mientras sus pupilas se recuperan del último relámpago.

Otro brillo y distingue las corrientes a su alrededor, que lo llevan en descenso continuo de un lado al otro. Remolinos; ires y venires. Se diría que llora pero, ¿cómo saberlo?

Está relajado. Desciende en calma, en medio del caos. Un destello más y recuerda sus últimos instantes en la superficie: recuerda el bote donde lo acompaña su Giselle. Recuerda remar con fuerza. Recuerda a una Giselle temerosa. Recuerda gritos, rezos; recuerda que la noche los sorprendió en tránsito y la lluvia en su rostro le hace difícil ver a dónde se dirige. En su recuerdo, las aguas del amplio y rocoso río están muy molestas. Dudar es un lujo que no puede pagar, pero duda. No ve la roca hasta que la proa se deshace en ella. El bote se hace astillas. Su Giselle tiene la misma suerte y cae inerte y ahora él sigue el ejemplo por instantes eternos.

Definitivamente llora. Sus dedos se crispan. Se tensa su pecho, su abdomen; músculos del torso que desconoce. Agita su cabeza con fuerza. Las venas de su cuello se endurecen y engrosan tanto que lo asfixiarían. Ojos bien abiertos. Deja escapar algo de su último aliento. Las burbujas, medusas de aire gastado, crecen hasta la superficie y se desvanecen.

(No tengo porque seguir cayendo, no debo terminar si no he terminado. Lucho desesperado, poseo por arrancar de mí zapatos, ropas, miedos, culpas. Nadar hacia esa luz intermitente que debe ser la noche.)

Lo logra y llega al oleaje desesperado de la noche. Vomita con fuerzas el agua que plena sus pulmones. Sacude sus manos, brazos, piernas. Su boca abierta aspira como si se tragara de un bocado el bosque infinito que le rodea. Tose entre sacudones. No puede abrir sus

ojos mientras en un grito intenta darse cuenta de que aún vive. De que la vida requiere de todas sus fuerzas para continuar. Aunque sus fuerzas no existan.

Es un milagro que llegue a la orilla entre calambres, rocas que golpean su hombro y su espalda, ramas que hieren piel y carne. Sujeto a un árbol casi anegado, por fin las divisa. Vestidas de negro. Altas, señoriales, macabras, ocultas entre la selva y la niebla, de pie sobre un blando suelo de verdes y húmedas hojas caídas.

La primera tiene una sonrisa transparente, parafinada, fingida con perfección. Por debajo miles de rostros mutan. Rostros tristes, molestos; hipócrita toda. Un torbellino los hace girar tras la sonriente máscara plástica. Un ciclón de rostros grises que se dejan detallar por menos de un segundo y se esconden pues temen ser vistos.

A su diestra, el rostro de la segunda lo cubre una capa. Sólo se deja estar ahí: parada, inmóvil, siempre apuntándole. Su dedo, curvo, oxidado, se dirige inmóvil hacia él. Dedo de piel quebrada, intersticios que el agua llena con un aullido inaudible de tan agudo.

Pero, sujeto a las ramas, como atrapado en una red, a la que más teme es a quien las acompaña, escondida entre ellas, intentando ocultarse. Él la reconoce, la recuerda. Ha estado a su lado siempre. Desde sus primeras imágenes de infancia hasta hace una pequeña eternidad, cuándo veía sumirse el rostro de su Giselle bajo el vendaval. El largo cabello negro siempre le ha cubierto el rostro. Aún encorvada, es alta. Nunca mira a los ojos.

(Desde siempre me ha transmitido sus dudas y su porvenir terrible. Desde siempre me ha detenido y persuadido de la magnificencia de mis límites. Mis labios tiemblan. Una lágrima se evidencia en su recorrido hacia mi sien, siguiendo el camino que le indican la gravedad y mi cabeza apoyada con la mirada al cielo buscándote entre las estrellas. Sé que es allí donde estás, Giselle.)

Decide entonces que ese no es su lugar, que no pertenece a un mundo sin su Giselle. Donde lo único que resta para él es la hipocresía; el recuerdo triste, culposo y cargado de temores. Se deja ir, se deshace de su red y desciende de nuevo, desaparece en la corriente.

Un destello y presencia a toda conciencia que el río sigue molesto. Y lo celebra.

O. 23072000

### III

Solo, en una calle del centro, pienso a tan alto volumen que apenas oigo un murmullo en mis oídos. A veces pensar ensordece. Una señora me da un papel: ¿conoces la palabra de Dios? Mjuh le respondo y guardo la palabra de Dios en mi bolsillo. Aislado atravieso mercados, un boulevard, una iglesia callejera. No los oigo, no los veo sino en conjunto, acaso logro distinguir colores y movimientos bruscos.

Me siento en una plaza del centro a comer. Los restos de una mujer mascullan algo que obviamente no escucho. ¿Qué?, le pregunto, y me ordena que le dé sándwich. No sin culpa me levanto y me voy sin decir palabra. Me insulta mientras me marchó. Riquitos de mierda, me dice, y no puedo ignorarla. Una calle como cualquiera se llena de un rumor que no me deja oír mis pensamientos.

Gente que protesta, gente que vende en las calles y huye de la policía con mercancía en un brazo y un bebé en el otro, gente que el desempleo reúne para vagar en conjunto. Ausencias, generales y privadas, problemas comunes y aislados. Un perro flaco, un hombre viejo llora recostando su espalda de un muro. Una señora camina a mi lado. Su celular es más caro que el de cualquiera y le cuenta con lágrimas que mi hijo está preso, que me lo jodieron, y el aparatito no parece juzgarla. Soy voyeur de su dolor hasta que acelera el paso, quizás por la rabia. La rabia simple del hombre silvestre, Silvio, tu lo supiste siempre.

Me detengo en una esquina, hay tres direcciones posibles. Un mendigo me pide una ayudita, por favor. Meto una mano al bolsillo y sale la palabra de Dios. La ojeo con esperanzas antes de entregársela, pero no, no me dice nada. Quizás el mendigo tenga mejor suerte, la mía la confío a seguir de frente.

O. 02102000

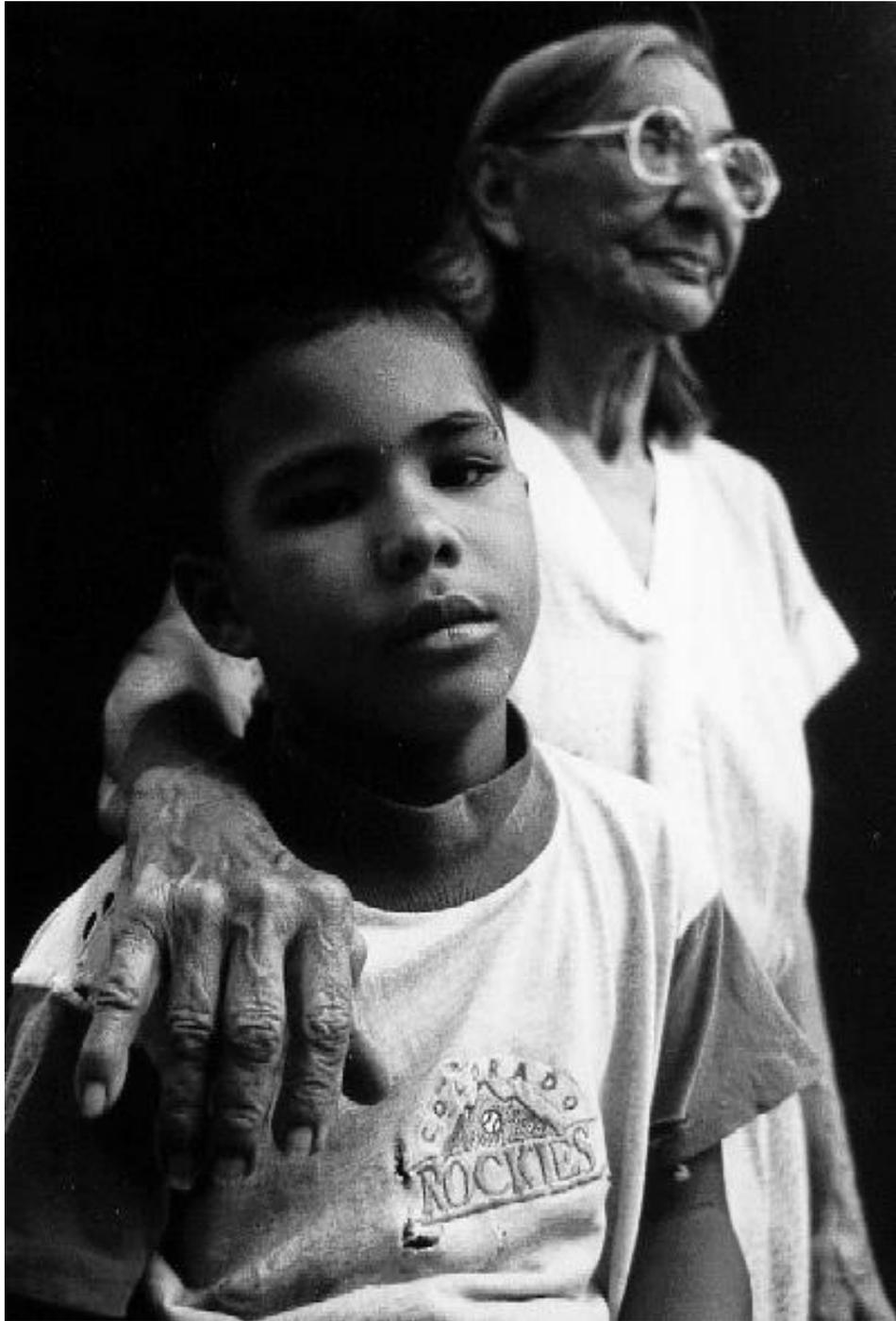


Foto: Orlando Verde, de la muestra colectiva "Texturas Cotidianas"

Mamá pasó otra rabia con Kike cuando sirvió la comida. Lalita, sentada frente a mí, me dijo “tú come, nené”. Sólo me decía nené cuando no estaba alegre. Del resto me llamaba nene, sin acento. Mamá sirvió la sopa; Kike seguía fumando en la ventana y no le paraba. Y Lalita triste y mamá gritando y Kike fumando callado. Sonó la puerta. Mamá dijo “Laura abre. Por última vez, Enrique, ven a comer” mientras se iba al cuarto. El señor entró, le tocó la cabeza a Lala, me cargó a mí, me apretó los cachetes y me sentó otra vez. Vio a Kike de lejos y Kike lo vio a él.

“¿Tu mamá?” y Lalita le señaló el cuarto porque no se habla con la boca llena. Le gritó “¡vamonós, que ya es tarde!” y mamá salió con las manos en la cabeza. Salió bonita. Mientras se iban él le decía “la pega lo tiene loco a ese muchacho”.

Recuerdo clarito que Lalita me explicaba que mamá y su novio iban a una fiesta y venían, así que dejé la sopa. Lalita me dijo “¡termínate la sopa!” y yo agarré la pistola roja de rayos y le dije “¡te mato!”, le disparé y se encendieron las lucecitas y el ruidito. Lala se hizo la muerta, se rió y se comió mi sopa.

Mientras ella lavaba los platos, yo construí una carretera con los creyones chiquitos (si lo hacía con los nuevos me pegaban) y los carritos cabían todos y podían ir de un edificio a otro. Kike dejó de ver las luces del barrio y empezó a ver lo que yo hacía. Hizo otro cigarro y se lo fumó.

Lalita prendió el televisor para ver la novela. Apenas terminé de armar todo le pregunté “¿te gusta?” y aunque no volteó a ver me dijo que cuando fuera grande sería ingeniero y se me quedó grabado en la cabeza.

Cuando se acabó la novela, Lala me ayudó a guardar los creyones, los carritos y las cajas. Le pregunté qué le pasaba en el pecho y ella me dijo que le estaban creciendo las teticas. “¿Por qué?” le pregunté y me respondió que se estaba desarrollando. “¿A mi también me van a crecer?”, le pregunté. Se rió y me dijo “tu eres loco, nene, tu eres varón. Ya eso tienes que saberlo” y se me quedó en la cabeza aunque no lo entendí. Yo sostuve la cortina y Lalita cargó todo al cuarto y lo metió debajo de la litera. Me dijo “es hora de dormir” y me cargó a la parte de abajo de la cama. Le pedí que me echara un cuento y me dijo “nené, tengo que lavar todavía. Mañana te echo un cuento, ¿sí?”. Alzó la cabezota y se golpeó con la cama de arriba. “Bien hecho” le dije. Se rió y se fue.

Olía feo en el cuarto. A sudor viejo, decía mamá. Además, los viernes hay mucha bulla. No podía dormir. Jugué a los aviones con las manos en el aire un rato hasta que oí que peleaban afuera.

Lalita en el lavadero, al final de la sala, peleaba con Kike que la agarraba por la cintura. “¡Ya!” le decía, pero Kike seguía agarrándola, hablando bajito. “¡Déjame!” se soltaba y Kike la abrazaba más duro. Yo estaba escondido entre la cortina y la pared y Lalita seguía lavando hasta que Kike la agarró y ella gritó. “¡Deja!” gritaba, pero él quería darle besos. Ella se volteó y le pegó y él la cargó hasta el mueble. Yo me acerqué despacito y le pegué, porque era malo, pero él me dio un golpe durísimo en la cabeza que se hizo más duro con el golpe de la pared. Lalita me vió con los ojos llorosos. Kike se quitaba el pantalón con una mano y con la otra la presionaba contra la espalda del mueble.

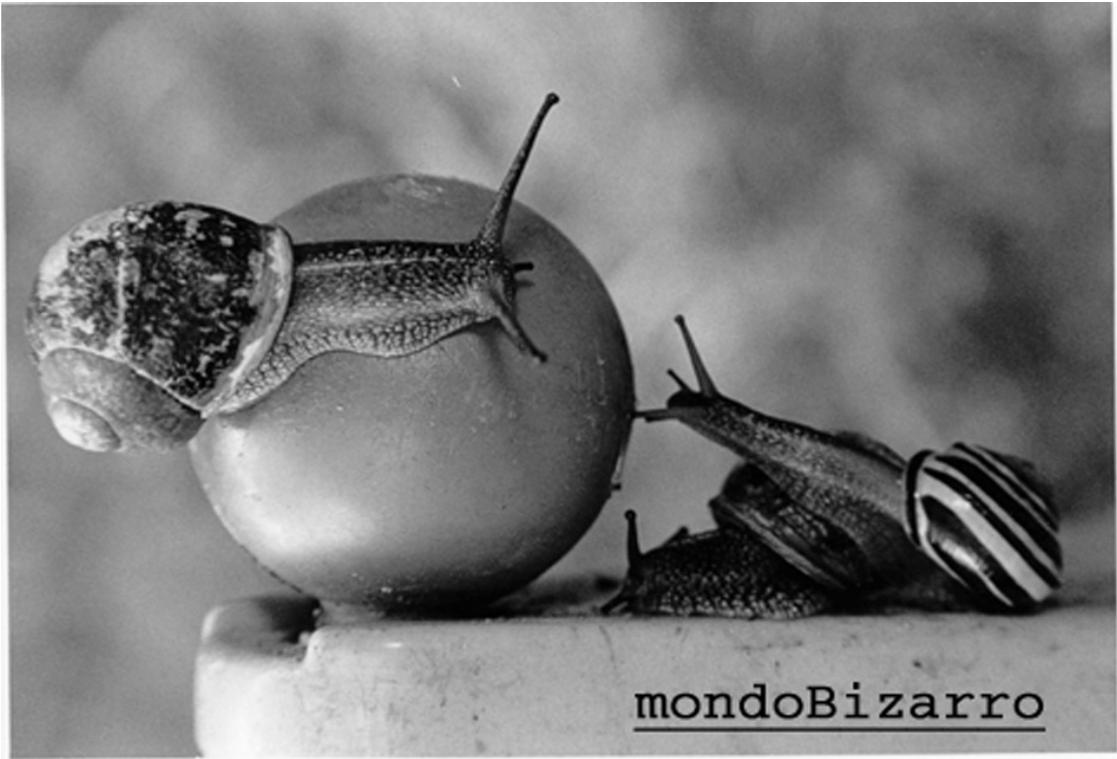
Fui corriendo hasta la cama y saqué mi pistola roja de rayos. Cuando me asomé, Lalita ya no podía gritar, sólo lloraba. Kike detrás de ella no decía nada, miraba al techo, pero le estaba pegando. “Ya basta Dios mío” decía llorando y alzó la vista y me miró a los ojos. Gritó de nuevo “Nené, busca a alguien”. Tenía las manos en el pecho y Kike le halaba el pelo. Ella repitió más duro “nené, ¡busca!” cuando Kike la volteó y le dio un puñetazo. “¡Cállate!”.

Lala estaba desnuda, llorando en el piso y Kike se terminó de sacar los pantalones que ya tenía en los pies. Entonces lo apunté, justo al pecho. Puse mi dedo en el gatillo plástico y le dije “Te mato”, me vio, se encendieron las lucecitas y el ruidito, cerré los ojos y ¡PUM! sonó un disparo. Abrí los ojos grandísimos. Kike caía al suelo y yo veía la pistola y la bajaba. Inmediatamente el novio de mamá revisó a Kike y abrazó a Lalita. Entró al cuarto pero no me vio, sacó una sábana y arropó a mi hermana, que lloraba más que antes, abrazada con mamá. El señor las abrazó un rato, él también lloraba, pero no se le veía. Habló algo con mamá, la besó y se fue. Nunca lo volví a ver.

Al rato llegó la gente y hubo más llanto y gritos. Mi madrina entró al cuarto y me cargó fuera de la casa un rato. La noche estaba bonita afuera, había tantas estrellas en el barrio como en el cielo.

Entramos cuando llegó el señor policía que preguntaba y nadie respondía. Y como nadie hablaba, eso se me quedó grabado en la cabeza, caminé hasta él y le dije, feliz, Señor, yo lo maté.

O. 23032001



## mondoBizarro

<<... la miró a los ojos y hubo una comunicación  
entre dos infiernos: el de él y el de ella...>>  
charles bukowski. el malvado.

donde decía *buscar frase*: tecleé *relatos eróticos* y, sin dudarlo, presioné el botón que decía *buscar*.

se abrió casi de inmediato ante mis ojos un pergamino interminable de lugares abstractos qué visitar, y de entre todos, el que me atrajo más era el que tenía por título:

*mondoBizarro.com: relatos, fotos, videos, follar, sado, teens, se...*

llevé la flechita a esa línea que se me antojaba mágica y luego de presionar, un gigante, enmascarado en brillantísimo cuero negro, con un látigo en la mano apareció de súbito en la pantalla, pidiéndome hacer click sobre *Entrar* sólo si era mayor de 18 años.

una vez dentro revisé al menos tres veces el menú, que, adornado por fotos de celebridades al desnudo, era un árbol del cual se desprendían hojas ridículas, como *Pamela y Tommy: el video*; escatológicas, como *eatshit: video. 8 seg. 720 kb*; sugerentes, como *Tiffany: la galería*; pero sobre todo perversas, como la que rezaba *Me gusta en familia by Angelita (anal, incesto, orgías)*.

mi supervisor pasó cerca de mi puesto y en medio de tanta culpa y nerviosismo, me tomó algo de tiempo reducir la imagen de tamaño para que pareciera que leía a través del cristal el manual de normas y procedimientos de la empresa. hubiera sido realmente vergonzoso que mi supervisor en lugar de comentar “así es, memorice las reglas, que luego lo evalúo”, hubiera dicho con violencia que “no te vea otra vez utilizando en eso nuestros recursos o vas a estar poquísimo tiempo ocupando ese asiento”. una amonestación el primer día de trabajo, el mayor anhelo de todo pasante.

siguió su camino, de seguro al cuarto del café a buscar una taza, y cuando se perdió de vista regresé a mi nuevo mundo bizarro. busqué de inmediato el cuento de angelita y empecé a leerlo. después de todo, las normas son siempre las mismas y el primer día no hay mucho qué hacer y bla, bla, bla...

era un crimen desperdiciar el ánimo que crecía en mi pantalón con cada línea. tenía que ir al baño y masturbarme, pero antes debía imprimir la historia. me levanté un poco de mi asiento y elevé mi rostro ligeramente

sobre el tabique que me separaba del resto de la oficina, como un roedor del desierto haría en la boca de su madriguera.

vi la impresora; esperaba que estuviera sola, pero a las once de la mañana hay embotellamiento de impresión. al menos seis personas revisaban constantemente lo que había salido por la boca del animal en espera de su documento, visa para un almuerzo relajado.

a las doce, ready or not, todos fueron a comer. alguien GRITABA “acaso les van a pagar más por trabajar en la hora de almuerzo” y entre risas, arreaba el rebaño al pastizal. envié mi historia, ya ansioso, a reproducir en papel.

llevaba una hora pensando en las conversaciones con mis compañeros de apartamento sobre nuestras técnicas masturbatorias. recordaba como héctor “fornicator” lópez, sin fanfarronear, sino más bien franco y sencillote, nos decía que se llevaba al baño todo recurso disponible: dos dedos, pulgar e índice, relatos, imágenes, ideas, música ambiental y mucha concentración. alguna vez sintió calambres antes de terminar su tarea. “a veces parece que no voy a terminar nunca” decía preocupado, añorando el milagro de la eyaculación precoz. samuel, “sammy”, lo hacía en su cama. tomaba una almohada, la doblaba alrededor de una bolsa plástica previamente ungida por dentro con aceites y la penetraba repetidamente, in-out in-out, mientras la apretaba con ambas manos y mordía entre gruñidos su sábana. hacía mucho ruido, por eso cerraba su cuarto y ponía música a todo volumen.

alex, “la loba”, pasándonos por un lado, nos decía: “¿ya se pusieron grotescos, o falta todavía?”

“¿tú cómo te masturbas, loba?” – preguntaba héctor.

“con un dedo” – decía con una sonrisa mientras iba a la cocina a llenar su octavo vaso de agua del día. era tan delicada su seña al mostrar su dedo medio que no parecía ofender o estar ofendido.

“yo necesito leer”

“¿eso es todo?” – sammy.

“¿y los detalles? ¿la imagen?” – fornicator.

“la homosexualidad comienza donde la curiosidad vence a la hombría” – la loba, a su regreso de la cocina, sonriendo.

era la verdad, necesitaba que alguien de otro tiempo, de otro espacio, me sugiriera una imagen, iniciara una escena que yo complementarí a placer. por eso necesitaba a angelita. por eso esperaba cada página con impaciencia y manos sudadas.

ya había visto desde mi puesto a la señora de limpieza dejar la puerta del baño abierta para que se secaran los pisos (por mi cuenta jamás lo hubiera encontrado, pues no tenía letrero), así que al salir la última página, confirmando la soledad del departamento de contabilidad, me dirigí al baño y me encerré en un cubículo con buena luz a leer.

sentado, mientras leía, me rozaba sobre el pantalón. era como una sesión de crecimiento personal: me trataba con cariño, me demostraba aprecio. amor propio.

dos páginas más tarde, con una mano me desabrochaba el pantalón y me liberaba de tanta presión mientras la otra sostenía el cuento que yo leía con avidez. por un momento era adicto a angelita, a cómo perdió su virginidad en la cocina con su padre, y a cómo le enseñaba a su hermanito a sostener una erección.

cuando mi pantalón descendió por mis piernas hasta el suelo, el roce era decididamente una caricia. la caricia devino en meneo; que tuve que detener porque alguien entró al baño, y bajo la puerta debía lucir cuando menos llamativo el que la hebilla de un cinturón se balanceara con ritmo.

oí correr el agua. se limpiaba las narices de manera bastante femenina. me pareció curioso e intenté ver por debajo de la puerta, pero no podía ver nada. me distraje pensando en la incómoda forma de notar que me había equivocado de baño, y quizá por eso no percibí el momento en el que el estrecho cuartito se inundó con su aroma.

lo identificaba claramente. era una loción diurna de vainilla para manos y cuerpo de victoria's secret. era el mismo aroma de mi maestra de catecismo de cuarto grado, la madre josefina, una sevillana de unos setenta años que tenía en trato con niños en los genes.

el aroma me llevó de inmediato a mis ocho años, en una capilla de la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, frente al colegio, cantando hosannas y alabarés, de la mano de mis amiguitos y de la señora de quien Dios se disfrazaba para hablar con nosotros. viendo un jardín inmenso de cayenas y albahaca a través de un vitral al distraer mi atención del Cristo crucificado que se elevaba sobre el altar.

mi erección se fue a la mierda.

intenté seguir con el cuento, pero el olfato estimula más directamente la imaginación que la lectura. para leer necesitas concentrarte, y no es fácil concentrarse en los devaneos anales de la mamá de angelita con una imagen constante de sotanas y mariposas en el alma. si el olor hubiera sido esa seductora mezcla de sudor, saliva y semen que habita en un

cuarto luego de varios rounds sexuales, ni la biblia me calmaba la inflamación y la incandescencia.

frustrado, y con la vainilla en bajo relieve, regresé a mi puesto. la oficina seguía sola así que me senté, aparté el teclado y refugié mi cabeza entre mis brazos, sobre el escritorio. recordaba a la madre josefina entre salmos, canciones y hostias; entre murmullos y risas.

la recordaba convenciendo a mi mamá de que un seminario era lo mejor para mi educación(subí una mano sobre mi cabeza y comencé a estrujarme el cuello. siempre funcionaba. me relajaba).

recordaba, ya más tranquilo a mi mamá llevando a la madre a su casa (era casi nuestra vecina), dónde la recibía casi siempre su quinta nieta. recordaba que ella le comentaba a mi mamá que tenía 14 (catorce) hijos. recordaba la confusión que me causaba saberlo.

recordaba que mi primer pecado mortal, que me costó cinco padres nuestros y dos credos, fue imaginar a la madre josefina subiendo con lujuria su hábito e invitando a su hombre a divertirse en tierra santa. consideraba tan dañino ese pensamiento que lo había borrado de mi memoria, hasta que victoria's secret lo rescataba de algún rincón donde reposaba junto a una cosquilla en la ingle.

esa era la solución. alguien me dijo una vez en una plaza en madrid "si no puedes con ellas, macho, fóllatelas". debía agregar a la madre josefina a mi fantasía.

regresé al baño con las manos vacías, que dediqué exclusivamente a mis caricias y meneos. todavía olía a vainilla. la madre josefina me pedía recitar de memoria Mateo 26:41. yo no me lo sabía, de pié, al frente, en el pequeño salón.

pero hacía mi mejor intento: "Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu... el espíritu... la carne... ¡la carne es débil!"

"no os lo sabéis, ¿cierto?", cada ese, cada ce, todo era sensual en su voz nativa, hija de moros e ibéricas.

"no me lo aprendí"

la madre dejaba de dirigirse a mí, para dejar caer sus palabras sobre todos los infantes: "¿hijitos míos: sabéis lo que es la tentación?"

en ese momento mi imaginación convertía niños y niñas de siete años en jóvenes ardores. en voluptuosas curiosidades.

“la tentación es un calor ajeno en vuestra ternura” – tanteaba con la punta de sus dedos una entrepierna impúber.

“descubrir la esencia inequívoca de ese calor” – paseaba los mismos dedos frente a un joven olfato.

“¿entiendes?” – mirándome fijamente.

entonces ella se acercaba a mí. su dedos a mi sexo. su hábito al suelo para llevarme a su sagrada boca y no retardar más el húmedo beso que traducía mi agitado ejercicio en desvanecimiento y me devolvía a lo tangible.

así, mareado, extático, sudoroso; reposaba, aún sentado, percibiendo en el aire dulzón un incentivo que prolongaba unos segundos el temblor.

pero debía salir de allí. pronto terminaría la hora de almorzar y manadas de mujeres entrarían al baño para no salir hasta no ser de nuevo la fina estampa que salió de casa esta mañana.

eso podía tomar mucho tiempo.

abrí cuidadoso la puerta. voces se acercaban a presionarme. aún mareado pero ágil, auxiliado por la ubicación intrincada de la puerta y su vecindad con el cuarto del café, no sólo pude salir inadvertido, sino que llegué incluso a servirme una pequeña taza de café claro cuando las voces arribaron. una de ellas entró al baño. mi alivio no se alteró siquiera por el calor hiriente en mis dedos al sostener el vaso plástico.

nadie me dijo nada, ni un saludo. regresé a mi madriguera.

algunos músculos aún vibraban levemente: había sido un orgasmo muy intenso. MUY intenso.

entendí entonces, aún en éxtasis, que debía perseguir ese aroma y hacer física mi fantasía. nació de inmediato un seductor en mí.

me fijé en cada mujer que desfiló ante mis ojos (hasta las mujeres de mercadeo y ventas eran feas y de un gusto terrible. un ochenta por ciento me doblaba la edad. pero no me importaba mucho), y DECIDÍ, no sin algún temor, que la recepcionista era la causa de mis inundaciones sinápticas. decidí que ella olía a vainilla, impulsado por unas piernas y un culo inigualables, a pesar de una sonrisa que invitaba a no decir nada divertido en el resto de tu vida.

no me la habían presentado, pero mis compañeros hablaban mucho de ella, de isabel, del culo de isabel.

“yo soy nuevo aquí”, me dije. “si alguien tiene un pretexto para acercarse a ella, soy yo”.

revisé mis gavetas. no había engrapadora, así que se la pediría.

nervioso, me acercaba a ella; estaba parada, llegando de comer, conversando con la señora que le llevaba el café al director. isabel sonreía mientras hablaba con ella, así que me dediqué a observar sus piernas.

mis temores se disiparon cuando percibía que la vainilla, de ser casi imperceptible, iba convirtiéndose en un aura difícil de obviar, que protegía su escritorio.

se mezclaba con la inequívoca esencia del café instantáneo con leche en polvo, pero la relevaba gallardamente a un segundo plano.

volteó hacia mí, y su cabellera casi no se movió. haría un par de semanas que recibía embates ininterrumpidos de sucio y grasa. sus mejillas brillaban con la luz de neón. más grasa. con una sonrisa me dijo “hola” y me escudé mirándola a los ojos. de haber visto su boca, mi estrategia habría fallado al nacer.

la señora del café aprovechó mi llegada para continuar su camino. nos dejó solos.

“hola”, sin rodeos.

“hola. ¿en que te puedo ayudar?”, sonrisa.

“necesito una engrapadora y no sé si me asignan una, si hay una común... no sé”

“si quieres te presto la mía”, otra sonrisa, era insoportable.

“oye, gracias ... isabel, ¿no?”

“sip. mucho gusto”, extendió su mano, como lo esperaba.

“mucho gusto”

sus manos eran bastante ásperas. fingí una molestia en la nariz y acerqué mi mano para frotármela mientras aspiraba el afrodisíaco perfume y mi rostro cambió tan bruscamente que debió haberlo notado. olían a 212 pour femme, de carolina herrera. de hecho, el aura iba en franco desvanecimiento. “si isabel usa 212, otra persona usa la crema”, pensé.

mi “gracias, ya te la traigo” cuando tomé la engrapadora fue bastante nervioso. algo que no comprendía se adueñaba de la situación. ahora era carmen esther corredor jiménez (de profesión llevarle el café al director,

más de sesenta años de edad, nacida en la frontera con la hermana república de Colombia, de voz chillona y nariz tosca como tosco era el grueso de sus piernas) la dueña del aroma que acababa de sacudir mis valores morales.

no parpadeé en cinco minutos. dejé la engrapadora al lado del mouse apoyé mis codos sobre la mesa, uní mis manos frente a mis labios y mirando fijamente los libros de contabilidad frente a mis ojos, abandoné el proyecto.

busqué el manual organizacional y, a las dos de la tarde, comenzó mi primer día de trabajo.

\* \* \*

cuatro de la tarde. la oficina estaba muy calmada.

en medio de mis distracciones y mi negación a leer en vidrio había avanzado sólo dos o tres pantallas.

luego de dos horas, había pasado todo tipo de cosas por mi mente: comprar la crema y aplicarla sobre cada mujer que llegara a mi lecho, olvidar del todo la idea, seguir mi idea de seducción de la señora (eso debía ser una patología registrada) y otras que por su efecto poco trascendente no recuerdo.

en medio de mis cavilaciones, doña carmen esther me pasó cerca, rumbo al baño, y sin pensarlo la seguí. iba tenso, pero embobado por las ideas que acompañaban las dulces migajas de victoria's secret que dejaba en el camino.

abrió la puerta del baño y en un acto último de raciocinio, me desvié al cuarto del café.

estaba sudando, respiraba como si acabara de subir diez pisos a trote. jadeaba.

hice un amago de ir al baño y me arrepentí. volví a amagar y retrocedí una vez más. tenía que entrar, pero ¿a qué?

quizá si era suficientemente dulce cedería a mi deseo. “una señora de su edad no debe ser capaz de despreciar un joven robusto como yo”, pensé entre otros disparates. me sentí inconsciente pero optimista. reuní fuerzas,

respiré profundo y con cuidado de que nadie me viera entrar entre al baño y cerré por dentro.

ella estaba dentro de un cubículo. tenía otra oportunidad de arrepentirme, un último amago de salir, pero ya no pensaba, esperaría impaciente y la convencería, iba a seducirla.

el baño olía a vainilla, y la madre josefina salía del cubículo y recibía un susto de muerte al verme.

“mijito, te equivocaste”, con un tono de voz inexplicablemente lejano al andaluz.

“no me equivoqué, madre”, y su rostro cambió por completo y de inmediato.

me acercaba a ella y ante cada argumento, cada oferta y cada piropo me rebatía con nerviosismos y amenazas. le pedía que bajara la voz, que perdiera el miedo; intentaba convencerla de que iba a disfrutar como pocas veces, pero no parecía escucharme. había miedo en sus ojos.

increíblemente seguro de mí mismo, no dudé un segundo que cedería pronto, así que la abracé y comencé a lamerle el cuello. ella comenzó a pedir auxilio a toda voz, así que con una mano cubrí su boca y con la otra la contuve por la cintura.

empezó a pegarme por donde podía, seguía gritando, pero ahora eran sólo jotas y haches vagamente audibles y menos aún comprensibles.

metí la mano por debajo de su hábito, su piel estaba muy arrugada y hacía difícil que la recorriera, pero debía estar disfrutando que un muchachito le acariciara tan apasionadamente las piernas.

la acosté sobre la grama, no sin esfuerzo, arranqué su ropa interior y la penetré repetidas veces, venciendo la resequedad de su poco ansiosa entrepierna. arriba, en el cielo, las pocas nubes se arremolinaban blanquísimas de manera vertiginosa.

vainilla, cayenas y albahacas; un vitral de San Jorge con un pie sobre el dragón a mi derecha, enmarcado por las paredes enmohecidas de un gris oscuro y húmedo.

me mordió la mano y al soltarle la boca comenzó a gritar de nuevo. la tomé por el pelo y subí su cabeza, me apoyé en la frente y la golpeé con fuerza contra las baldosas. al menos tres veces. hasta que ya no hubo más resistencia, sino sangre inundando los pequeños canales que separaban las piezas de cerámica del piso.

la puerta empezó a retumbar. la golpeaban desde fuera. gritaban algo que no recuerdo, que no entendí, que no escuché.

mientras yo continuaba el vaivén, la puerta cedió, y un grito agudísimo opacó el sonido de la puerta contra las paredes y el piso. un hombre que no había visto antes tomó una papelera de metal y me golpeó la frente y la mejilla. me partió algunos huesitos. ciego del dolor, sentí que entre otros tres me tomaban por la espalda y me elevaban para lanzarme contra el muro de los lavamanos. era la única forma de separarme de carmen esther, cuyo cuerpo todavía temblaría algo de tiempo antes de morir.

“¡LA MATÓ!” es lo último que recuerdo pronunciado con claridad, porque luego solo recuerdo que me golpearon gritando en un solo estruendo ensordecedor.

cuando desperté, días más tarde, estaba en una camilla. había tres policías alrededor y uno de ellos colocaba un espejo frente a mí. no me podía mover, me dolía cada centímetro y no podía reconocer el reflejo de mi propio rostro. recordé una foto de mussolini y su esposa muertos y deformes después del linchamiento.

luego de unos segundos lloré dolorosamente al darme cuenta de que no había muerto.

O. 27062000

## **Breve manual de técnicas modernas para evitar el insomnio**

Por descuido no prestó atención al piso de donde venía el ascensor. Era muy de madrugada y sus tacones le incomodaban mucho. Cuando las puertas se abrieron, le sobresaltó un poco el cadáver de una joven en dormilona de seda subida hasta el ombligo, quizás violada a juzgar por la sangre en su entrepierna, pero seguramente golpeada y asfixiada por los moretones en las mejillas y el cuello. Aún con la mano sobre la boca pensó en subir a pie, pero catorce pisos eran muchos. Entró con cuidado de no pisarla y de no manchar sus zapatos de sangre. Pasó la llave del ascensor y presionó su número. Se apoyó de las paredes del cuartito para sostener tan incómoda posición. Alzaba el rostro para inhalar y exhalar despacio. Al fin sonó leve el timbre, se abrieron las puertas y ella saltó afuera con glamour y cierto dejo de ballet en su vestido. Abrió, abrió, cerró y cerró; dos giros cada vez. Se apoyó en la pared y resbaló poco a poco hasta el piso. Sus ojos abiertos, su mano nuevamente sobre la boca, atenta al sonido que debía producir el ascensor al irse. Pasó un rato tenso. Larguísimo. Y el sonido no llegó. Algo nerviosa, abrió las puertas y apoyando los pies afuera, entró hasta la cintura al ascensor, giró la llave y mandó el cadáver al estacionamiento. Quince metros bajo tierra.

O. 12122000

## Perro caza ratón

Eran los últimos días del terminal de Nuevo Circo, que sería demolido pronto aunque nadie tenía idea de un sustituto. Del metro bajé en La Hoyada sin saber bien dónde estaba en el mapa, atravesé la plaza donde los buhoneros recogían sus tienditas, bajé las escaleras y crucé al trote el túnel mal iluminado donde siempre pensé que algún día me atracarían. Respiré de nuevo al salir del túnel, del otro lado de la calle, pero seguí acelerando hasta la entrada de autobuses, porque la de pasajeros a las nueve la cerraban. Estaba demasiado nervioso como para identificar algo o alguien a mi alrededor.

Vi el andén de Valencia. Noté que no había cola, así que entré al baño para evitar urgencias en el camino. Me impresionó como siempre el ventilador al fondo que ocupaba toda la pared, que no permitía que hubiera un olor identificable y creaba ese vértigo en todo el que entraba. Mientras estuve ahí sólo oí el ruido del gran ventilador y sentí mi camisa batirse ante la ráfaga. Antes de subir el cierre sentí la misma vibración espinal que me hacía pensar siempre que el placer sexual se obtiene de las maneras más inverosímiles. Ese fue, a pesar del vértigo y la voluptuosidad, el primer momento de calma del largo viernes de clases.

Caminé rápido, viendo a los lados en el camino, hasta la unidad 45 de la Unión de Conductores Carabobo. Luego de confirmar el destino, subí y agradecí mi suerte por encontrar un puesto doble sólo para mí. Me senté en el lado cercano al pasillo y coloqué mi morral bajo el asiento. Cerré los ojos: estaba a sólo tres horas de Valencia, de mamá, que tendría mucha comida para su muchachito que está estudiando en Caracas y de mi novia, que no tendría tiempo para todos los besos por darme. Sonreí, pero me interrumpió un tipo medio barrigón, que me preguntó si el asiento estaba ocupado. Le permití ocupar el puesto y colocó sobre sus piernas un maletín demasiado ancho que ocupaba parte de mi asiento, pero una mirada inquisidora bastó para que lo recogiera un poco.

Un tipo desde atrás protestó por el retraso. Lo apoyamos, amenazamos con bajarnos, pero era el último autobús, así que no salimos hasta que estuvo lleno. Al menos no hacía calor y con las luces apagadas no sería difícil dormir. Pasamos el control del terminal, luego el del peaje y entonces la asistente nos despertó para cobrar el pasaje. Me di cuenta de que el tipo tenía su maleta prácticamente sobre mi muslo, por error, a juzgar por el temor a molestar con el que parecía recoger sus cosas. Me fijé en el mal gusto con el que vestía, en su chemise naranja raída, en sus lentes setentosos, en su pantalón de poliéster gris y me dio risa; cerré los ojos y regresé a mi duermevela.

Al rato me despertó un bache. El tipo volvía a recoger su maletota. En un esfuerzo ocular miré a lo largo del pasillo, no sé si para confirmar que TODOS los asientos estaban ocupados o que nadie me estaba viendo y burlándose de la situación. No volví a dormir, de hecho, parecía ser el único despierto, sin contar al vecino, que veía hacia afuera aunque la

noche del Tuy es de azabache y no deja ver más allá de las barandas de la autopista. Yo lo veía de reojo y de reojo también como poco a poco la maletota iba invadiendo mi lugar. Decidí ignorarla. Realmente no me molestaba.

Ya decididamente apoyado sobre mi pierna, el dorso de su mano fingía ser soporte del maletín invasor. La oscuridad ya no me dejaba reconocer las formas. Intuí que el tipo veía al frente pues había cerrado la cortina. Mientras tanto, la mano fingía acomodar su carga y acariciaba despacio mi pierna. Era una sensación agradable la que me regalaba ese movimiento que ya no era disimulado. Cerré mis ojos y me concentré en esa mano anónima, asexuada, que cada vez recorría un trecho más largo sobre mi pierna. Mientras un chispazo al cerebro contrajo mis músculos, retiró el maletín a algún lado y de inmediato la mano se abrió decididamente sobre la cara interna de mi pierna y tomaba posesión de ella con firmeza. Se desplazaba de igual manera hacia arriba y hacia abajo. Mi sangre era bombeada con tal fuerza que la sentía fluir por golpes.

Comenzó a tantear mi entrepierna y mi respiración era tan violenta que sentía ahogo, asfixia, mientras él acariciaba sobre el jean y cada roce era un pulso tremendo. Apenas la punta de sus dedos recorrían las costuras. Mi cabeza empezó a moverse nerviosa, despacio, de un lado al otro, reteniendo un gemido delator. Cada músculo temblaba, solitario, por mi cuerpo hasta que me sorprendió sentir su aliento tan cercano a mi oído y los temblores se hicieron uno mientras me alejaba tímido de su boca y abría el paso por mi cuello a la desfachatez de su lengua.

Ya no podía respirar. Tomé su mano, más grande que la mía, y la sostuve en mi terreno. Sudaba. Creo que él también. Cerré más los ojos y busqué su boca. Lamía con hambre sus labios, su lengua, mi mano recorría su brazo y se abrió la puerta que separaba a los pasajeros de la cabina del chofer. Me separé en un brinco de él y me costó convencerme de que nadie había visto nada. La asistente del chofer indicó "Maracay" y encendió las luces. No dudé, tenía que bajar donde estuviese. No lo miré. No tomé la tarjeta que intentaba entregarme. Tras recoger mi morral, me bajé con los demás del autobús. Apenas podía caminar, evitando ver a los lados, a cualquiera.

Me senté en un banco en el terminal de Maracay y a los pocos, dos o tres o cinco minutos, llamé a mamá. Media hora más tarde estaban allí mis padres buscando a su hijo sin saber bien que hacía ahí.

Me mantuve en silencio. Conociendo a mamá, se preguntaría si mis notas iban bien. Por mi parte, sólo me arrellané en el asiento y aproveché la oportunidad para ver la nada por la ventana.

O. 23032001

## Castorila

En el terminal de Maracay todo el mundo parece malandro, y de noche es peor. Todos son desempleados o buhoneros: los tipos tienen pinta de recién salidos de Tocarón; los carajitos tienen todos lombrices y se les nota; y las carajas, nojoda, tan flacas que las cabezas ya les quedan grandes. Todo el mundo con los dientes inmensos y salidos. Una tipa de Caracas, sifrina al fin, me decía masticando chicle que “aquí todo el mundo es informal hasta la pared de enfrente.” ¡DE BOLAS! Con este calorón de mierda quién coño se va a poner una camisa, menos una corbata. Ya es suficiente con el pegoste sudoroso que uno tiene en la cara aunque ande desnudo, ese brillo que no se quita y te hace parecer fantasma.

La camioneta de Turmero está vacía. Me monto para ir sentado, pero me ladilla esperar que se llene, sobre todo porque adentro, aunque ya casi es de noche, es como estar en el ranchito de zinc donde castigaban a los soldados del puente sobre el río nosequevaina. Adentro sudas más que en una pollera.

Se monta una parejita. Se instalan en la cocina y empiezan a darse los besos. Las camisiazules del Atanasio Girardot se sientan de a dos adelante hasta que les dicen que son muchos estudiantes, que esperen el próximo carro. Una jeva que está más buena que Panchita se sienta de copilota, en el puesto que dice “sólo para chicas” escondido entre las calcomanías de “Si su hija llora, es por un chofer, señora” y otras vainas y dibujitos.

El chofer se monta con un paño al cuello y el colector lo acompaña echándole cuentos. Chismoseando.

Ya viste al sicópata.

¿Qué sicópata?

El mariquín aquel que se pintó el pelo de amarillo y se hizo unos cachos con gelatina. Allá está, en la camioneta de Los Jabillos.

Ah, sí. Yo lo vi hace rato. Ese jura que está firmando.

Y lo que es es rolo e´ ridículo.

El colector es un carajito, pero el chofer sí es un cabrón de verdad. Un echón de mierda que siempre ha tenido la mejor ropa, las guayas más gruesas, los pisos más caros y, de bolas, las jevas más buenas. Y coño, tenía la camioneta bonita. Luces por todos lados, unos rines plateados en las patas dónde te podías ver clarito si tenías los nikes sucios y tremendas cornetas. Selena sonaba durísimo.

Me paré y se me sentó al lado una jeva. Tenía tremendo culo pero era fea. Y sudada se veía más fea. Apenas se sentó abrió la ventana, se echó aire, sacó el celular, un ladrillo, marcó y habló burda de dulce. Me

enamoré de una. Le dijo a su macho hola mi amor ... saliendo del terminal, voy para allá ... yo sé que es tarde mi cielo, yo te aviso cuando llegue ... pero ... pero ... pero es que yo necesitaba verte ahorita ... ay, mi cielo ... bueno, voy donde mi mamá ... llámame ¿sí? ... te quiero ... ¿oíste? ... que te quiero ... chao. Se quedó fría, viendo por la ventana, y sacó su libro de Sopa de Pollo para el Alma para calmarse. Casi me arreché, una jeva tan buena vaina y tan mierda el novio. Pero no se le tumba la jeva a nadie, mi pana. Eso es ley.

El chofer por fin arrancó cuando el chigüire gritó ¡Saliendo Turmero! Se montó un gentío que estaba en la puerta y se coleó un papafritero. Todo a cien, la papa, lo tostone, la papa, la papa.

En La Morita se bajó un gentío y se subieron nada más dos chamos. Yo había visto a uno antes. Se quedaron agarrados de los tubos, cerca de la puerta; el que no había visto empezó a hablar. Buenas noches señores pasajeros, disculpenos un momento de su atención. Coño qué ladilla pensamos todos hasta que cambió el discurso y en vez de ser jóvenes que hemos salido a la calle a promocionar estos ricos caramelos, eran tipos armados que nos acabamos de fugar. Si nadie se alza no va a pasar nada. Mi compañero va a pasar por sus puestos y les agradecemos depositen dinero, prendas y celulares en su morral.

La camioneta sedita por la intercomunal, nadie sospecharía que adentro dos carajitos armados desvalijaban a todo el mundo. La chama de al lado se asustó que jode. Las carajitas del liceo lloraban porque el malandro de al frente se puso morbosos con ellas. El chofer estaba tranquilo y sobraote. Yo estaba arrecho y rezando que no hubiera un guardia en el carro que volviera esto una balacera. Saqué cinco mil bolos y le hice señas con el hierro a la jeva de al lado de que no sacara nada. Le puse la 38 en las bolas al chamo cuando pasó por mi puesto. “Yo tengo cinco y mi jeva está limpia, colega. No hay peo, ¿no?” “Yo me acuerdo de ti, mi sangre, guarda los reales”, me respondió.

Siguió pasando el rastrillo. Al rato, cuando terminaron, uno de ellos le gritó al chofer “Oríllate, mariquín” y el muy bolsa reviró. Coño e´ la madre, pensé. “¿Cómo es la vaina?”, gritó el del hierro, un revólver burda de grande.

Tranquilo pana, pero no me trates de mariquín.

Tu ERES un mariquín, ¿OK? Un sifrinito de mierda.

No, pana...

Yo no soy tu pana.

No, pana te equivocaste. Yo he trabajado desde antes que tu nacieras pa´ tener mis vainas. Sifrinito no soy.

El chofer seguía sentado mirando al frente, ya se había orillado. El choro le pasaba el revólver por la espalda de un lado al otro. Daba culillo

que se le fuera a escapar un tiro. El otro malandro se bajó con el morral y le gritaba “vámonos pa’l coño, que si llega la guardia nos jode.”

Yo robo porque no hay otra, ¿oíste? Siempre me he batido solo, en la calle o en la cárcel. La vida a mi me debe y me lo pagan ustedes.

El chofer se arrechó, se volteó y apuntó al malandro con un dedo.

Yo también tuve mis vainas solo, fajao trabajando, cargando cemento, pegando bloque, vendiendo vainas y nunca he robado. Ve a trabajar es lo que es.

La gente de la camioneta por fin dijo algo. Apoyaron al chofer con varios “eso es”, “nojoda” y “ve a trabajar”. El malandro se calló un segundo mientras veía a la gente que le gritaba y se quedó mirando fijo lo que decía en el vidrio de atrás. Volteé y leí el letrero virado que decía “Castorila”.

¿Quién es Castorila?, le preguntó como quién descubre algo, viendo aún el fondo del carro.

Mi mamá, ¿algún peo?, hubo silencio otra vez.

Te quiere que jode, ¿no?

Si, ¿algún peo?

Que no la nombraste, le pegó el hierro del pecho.

¿Y?

¿Y?, que lo peor no es que seas alza o mariquín o un echón de mierda. Lo peor es que tu mamá te ayudó y no te acuerdas.

Al chofer se le cayó la cara de arrechera, le tembló la boca y se quedó viendo el piso. Todo el mundo se quedó callado mientras le soplaban un plomazo. Le dieron en silencio la razón al malandro que se bajó y arrancó a correr.

Le tomé la mano a la jeva y le dije “tranquila mamita, ya pasó todo. Se ganó su tiro por bocón.”

...para mi mamá.

O. 28102000

Orlando Verde [overde@yahoo.com](mailto:overde@yahoo.com)

Nacido en Maracay, Venezuela, egresa como Ingeniero en Computación de la Universidad "Simón Bolívar", donde escribe su primer cuento a los 16 años para entrar en un concurso que no gana. Participa en las actividades del Centro Experimental de Cine de la U.S.B. durante poco más de 2 años, durante los cuales recibe cursos básicos de escritura de guiones y producción cinematográfica. En 1999, estudia fotografía con Hernán Villar en el Centro de Fotografía del Conac mientras participa en el taller de escritura creativa del ICREA, dirigido por Horacio Biord. En mayo de 2000 participa en el XIII Taller de Expresión Escrita del Celarg, en la mención Narrativa, coordinado por Angel Gustavo Infante. En marzo de 2001 resulta finalista en el concurso "Cartas de Amor" organizado por Mont Blanc y recibe el primer premio del X Concurso Nacional de Cuentos "Pedro R. Buznego" por el cuento "mondoBizarro". En junio de 2001 es publicado su cuento "Tres Pares de Ojos" en el suplemento dominical "D8" del diario Últimas Noticias. En Octubre del mismo año el libro "mondoBizarro" recibe una mención de honor en la Bienal de Literatura "Ciudad de Cumaná". Es colaborador frecuente (con textos y fotografías) de la revista electrónica [www.panfletonegro.com](http://www.panfletonegro.com) que dirige Daniel Pradilla. Mantiene también el site [www.geocities.com/overde/cuentos.htm](http://www.geocities.com/overde/cuentos.htm) con sus escritos, incluida la distribución libre de este libro. Actualmente trabaja en Amberes, Bélgica, donde también colabora con el programa radial "Voz Latina". La foto de la portada, "Guilty?" de Gerard Maas, ganó el concurso "Tamron" de Photo.net en 2001.

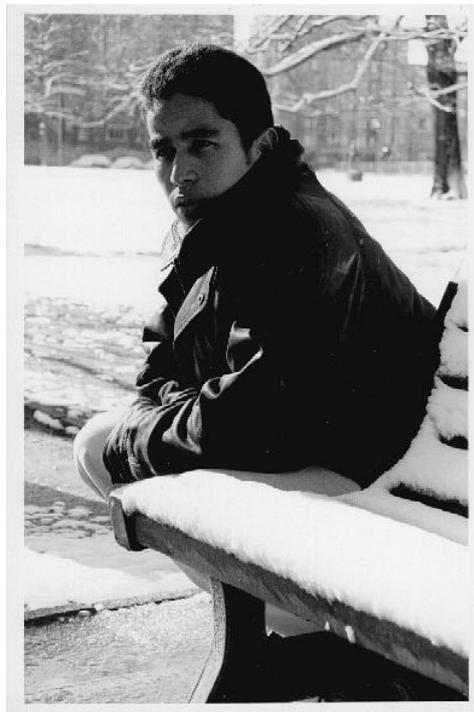


Foto: Gerard Maas